

## 21. La irradiación de la disponibilidad

Lo que cambia el valor y el gusto de nuestra vida, de lo que somos o no somos, es Cristo que nos toma, nos ofrece, nos bendice, nos parte y nos da, y esta es la grandeza de una vida, en cualquier cosa que uno tenga que vivir. Para vivir con esta memoria, en el centro de nuestra vida cristiana y monástica está siempre la Eucaristía. Y esto es lo extraordinario del cristianismo, el gusto siempre sabroso que la fe hace posible: que todo en nuestra vida está hecho para ser tomado y transformado por el Espíritu en presencia de Cristo que redime al mundo ofreciéndolo al Padre.

Pero un centro está vivo, es luminoso, se irradia. Por esto, otro aspecto importante de la memoria que verifica en la vida los sentimientos de Jesús Redentor, diría que es el de la disponibilidad, del actuar como disponibilidad. Está directamente unido a lo que describía hablando del gusto de la vida, y prácticamente coincide, pero es una posición que concierne más directamente al tema del trabajo, del trabajo como servicio a la obra de Otro, como responsabilidad. Quien ofrece el momento presente a la presencia de Cristo, se encuentra invariablemente involucrado en Su obra, incluso con su capacidad de actuar, de obrar, con los talentos que ha recibido, la iniciativa que debe tomar.

San Benito en el capítulo 5 de la Regla, sobre la obediencia, dice que la obediencia perfecta es la obediencia sin demora, sin tardanza. Dice que “ésta conviene a aquellos que no tienen nada más amado que Cristo” (RB 5,2). Pero añade también otros registros para fundarla, que dan cuerpo a la preferencia de Cristo: “Estos, por razón del santo servicio que han profesado [es decir, la tarea profesada públicamente por una forma de vocación], o por temor del infierno [este es un motivo menos de moda para alimentar una fidelidad, pero no olvidemos que es un motivo sobre el que incluso Jesús en el Evangelio ha insistido con frecuencia], o por el deseo de la vida eterna [es decir, el Paraíso, el destino eterno de gloria que nos está reservado por Cristo en el Cielo], son incapaces de diferir la realización inmediata de una orden tan pronto como ésta emana del superior, igual que si se lo mandara el mismo Dios” (RB 5,3-4).

Pensad qué gran respiro de conciencia propone aquí san Benito a sus monjes ante cualquier acto. Uno hace un servicio, quizá insignificante, como son casi siempre los servicios que se nos piden en el monasterio, y es invitado no solo a obedecer y basta, sino a conjugar en aquel acto de obediencia, y en el modo de decidirlo, en la disponibilidad inmediata con que lo hace, una conciencia que le hace vivirlo con resonancias infinitas: la pasión amorosa por Cristo, la propia forma vocacional definitiva en la Iglesia, la responsabilidad con respecto a la propia salvación, la dramática libertad extrema que tenemos de dañarnos o de entrar en la gloria de la vida eterna, en la plenitud de vida a la que Cristo ha venido a conducirnos. Y todo esto es espesor, es resonancia de cada gesto, y de la disponibilidad continua, de cada momento, que se ofrece y pide a nuestra vida.

Pero fijémonos que el “no tener nada más amado que Cristo” es la razón principal de la disponibilidad obediente, la razón que en el fondo contiene a las demás: la forma de la propia vocación, la posibilidad de perjudicarnos rechazando esta amistad, como

Judas, y la gloria de la vida eterna donde la amistad con Cristo será nuestro puesto en la comunión de la Trinidad.

También aquí, la grandeza del gesto, del uso de la libertad, es siempre dada por Cristo presente para ofrecer y mendigar amor, para ofrecer y mendigar preferencia, como con Pedro: “¿Me amas más que estos?” (Jn 21,15), es decir: ¿Te soy más querido que todos y que todo?

De esta comparación, siempre renovada, con la presencia de Cristo pidiéndonos el corazón, nace la disponibilidad, la obediencia a la tarea: “Apacienta mis corderos y mis ovejas” (cfr. Jn 21,15-17), hasta la disponibilidad total del martirio, del abrazo por amor de Cristo de lo que no se querría, de lo que no se elegiría, de aquello de lo que nos defenderíamos, de aquello de lo que huiríamos, si no fuese por la amistad con Él: “Extenderás los brazos y otro (...) te llevará donde no quieras” (Jn 21,18). ¡Qué libertad! ¡Poder abrazar toda la realidad, todas las solicitudes de lo real, por un amor que da valor a todo, que hace querido todo y todos!

En el fondo, se trata de una disponibilidad a todo lo que la realidad nos pide, a todas las posibilidades de iniciativa que la necesidad de plenitud que penetra toda la realidad humana nos pide, aquí y ahora. Una disponibilidad que solamente es posible si no se disocia la realidad de Cristo que la habita, que la habita justamente con toda la necesidad humana que ha asumido encarnándose y muriendo en la cruz. Toda la necesidad humana es ya una necesidad de Cristo, es Cristo quien interpela mi disponibilidad, es decir, mi responsabilidad. “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me acogisteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estaba en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25,35-36).

Al fin y al cabo, Cristo vino a satisfacer nuestra necesidad llenándola de Su presencia colmada de la necesidad humana de los hermanos, de la humanidad entera. El regalo de su caridad hacia nosotros, el regalo de su Presencia amante, que llena de sentido y gusto la vida, nos lo ofrece vaciado por la necesidad universal de salvación que pide como una restitución, o mejor, una correspondencia de caridad, de la caridad de Cristo, para ir a llenar de Cristo la necesidad de los demás.

El hombre responsable, y, por lo tanto, con autoridad, es un hombre disponible. Veo que los superiores y superiores comienzan a ir mal, y a hacer ir mal a sus comunidades, cuando comienzan a no estar ya disponibles, es decir, cuando comienzan a medir sobre sí mismos, y no sobre Cristo, su caridad, el uso de su tiempo, la gestión de su cansancio y de su salud, las ocupaciones o las vacaciones que tienen fuera de la comunidad, el uso de los medios de comunicación, es decir, los medios para alcanzarle, para “molestarle”. Cuando la disponibilidad comienza a regularse sobre uno mismo y no sobre la presencia de Cristo, la autoridad se corrompe, porque ya no es responsable, y ya no es responsable hacia los hermanos y hermanas porque ya no responde al amor de Cristo presente.

Pero esto no es solo válido para los superiores. Cada uno está llamado a crecer en esta madurez del seguimiento de Cristo que permite a la realidad más... real, más humana, que es la realidad de la necesidad del prójimo, convertirse en la voluntad de Dios desvelada para nosotros y, por lo tanto, luz que nos indica el camino cierto de la vida.